

Brian Reynolds

Las vestiduras de Cristo

Lucas 2:6-7; ...

'Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento: y dio a luz a su primogénito, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón'.

Lucas 2:6-7

Su pobreza

Que el Señor de gloria vino a este mundo de manera humilde, es un hecho que jamás debemos olvidar. Su nacimiento no tuvo lugar en ningún gran centro cultural cosmopolita de Roma, ni en capital filosófica o intelectual del antiguo mundo. Alejandría o Atenas por ejemplo, sino en una pequeña villa de una provincia romana de poca importancia. Tampoco vino al mundo en Jerusalén, sino en la pequeña villa de Belén. Hasta incluso, viniendo en esta humilde ciudad no nació en ningún hotel, sino que fue puesto en un pesebre para animales.

Según la costumbre de aquellos tiempos, fue envuelto en pañales. Estas primeras *vestimentas* de nuestro Salvador hablan de la sumisión que por gracia aceptó recibir. En su crecimiento, probablemente usó con toda humildad, vestimentas como las de cualquier obrero de Galilea.

No le avergonzaría ponerse esa ropa durante el tiempo que pasó como carpintero al lado de José. Sin embargo, el Señor era inmensamente rico antes de venir a este mundo. ¿Hasta qué punto era rico? El salmista aquí hace mucho más que una

alusión cuando habla de las vestiduras del Señor antes de su encarnación: “El que se cubre de luz como de vestidura” (Salmo 104:2). Está escrito: “Que por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Sin embargo, al revestirse de humanidad no renunció a los atributos de la divinidad. Con frecuencia ha sido dicho: Él jamás dejó de ser lo que siempre fue cuando se convirtió en lo nunca había sido.

'Pero una mujer que padecía flujo de sangre (...) se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se le detuvo el flujo. Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? (...) Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí'.

Lucas 8:43, 46

Su poder

Cuando el apóstol Pedro relata en la casa de Cornelio, los detalles del ministerio de Cristo, dice: “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús y como anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38).

Las gentes de Nazaret rindieron también el mismo testimonio declarando que las obras de poder fueron realizadas por el Señor Jesús (Mateo 13:53-56).

La mujer que sufría pérdida de sangre se aproximó al Señor por detrás y tocó el borde su de su vestido para obtener sanidad. El Señor Jesús preguntó quién le había tocado (no porque no lo supiera, sino más bien por la mujer que se le acercó) sabía que de él había salido poder.

Es maravilloso ver, que todo aquello que está en relación con el ministerio de Jesús sobre la tierra, no solo una cuestión de poder, sino también de gracia, porque el poder de Dios está aquí al servicio de su deseo de bendecir al hombre. Podemos decir, Jesús llevaba el vestido del poder y de la gracia; realizaba poderosos milagros de gracia en favor del pecador perdido, el Señor no vino para juzgar el mundo, sino con el propósito de que los pecadores pudiesen ser salvos (Juan 3:17).

Pero en un día no lejano, el Señor Jesús usará otros vestidos de poder. El día de la gracia se termina y “el día de la venganza” viene (Isaías 61:2). Cristo será

manifestado como “Rey de reyes, y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16), y será visto “vestido de una ropa teñida de sangre” (v. 13). Esa sangre no representa la de la cruz, sino la de sus enemigos – “y su sangre salpicó mis vestidos” (Isaías 63:3). En ese momento, Cristo ejercerá su gran poder para el juicio de los vivientes, y herirá a las naciones y a los que le hicieron la guerra. El señor aparecerá “con mucho poder y gloria” (Mateo 24:30).

'El se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, u sus vestidos se hicieron blancos como la luz'.

Mateo 17:2

Su superioridad absoluta

La transfiguración del Señor Jesús era una anticipación de su futuro reinado milenarío (2 Pedro 1:16-18). Mateo, Marcos y Lucas nos dicen que todas las vestimentas de Cristo son de un blancor resplandeciente, la especificación de Mateo es la única en mencionar “que resplandeció su rostro como el sol”. El sol es imagen de la gloria suprema-fue creado para “que señorease en el día” (Génesis 1:16) – e indica la supremacía absoluta del Rey y su reinado, que es el tema del Evangelio de Mateo. El Señor estará por encima de todas las cosas, sobre la tierra y sobre el cielo.

Se nos muestra algo semejante en el primer capítulo de Apocalipsis donde se nos presenta la supremacía oficial del Hijo del hombre glorificado. Su rostro es descrito “como el sol cuando resplandece en su fuerza” (v. 16). Sin embargo, en ese momento, tiene el carácter de juez: sus ojos como llama de fuego y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Tiene la *autoridad* en las asambleas de los suyos y guzga en consecuencia (capítulos 2 y 3).

Pero en el Evangelio de Marcos, en contraste con las otras descripciones, la escena de la transfiguración muestra de manera llamativa el metamorfosis de las *vestiduras* del Señor, más que el de su *Persona*. Esto está de acuerdo con el tema de este evangelio, que lo presenta como el servidor de Dios. Él que tomó “forma de esclavo” (Filipenses 2:7) delante de él se prosternará todo el mundo entero. En la Biblia, las vestiduras presentan el carácter y el comportamiento de la persona que las lleva. El carácter del reino de Cristo, tal como nos es descrito en los Profetas,

y en contraste absoluto con los gobernantes corruptos de nuestra época actual de “tinieblas” (Efesios 6:12). “Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (Marcos 9:3) – el *lavador* era un obrero que lavaba los tejidos en un recipiente apropiado para blanquearlos. La extrema blancura de las vestiduras del perfecto Servidor sugiere que no habrá ninguna mancha de pecado en la administración de su reinado.

'Y los soldados entretejieron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura'.

Juan 19:2

Sus sufrimientos (1)

Pilato hizo azotar al Señor Jesús, con toda brutalidad y sin respeto, los soldados romanos colocaron sobre su cabeza una corona de espinas y lo vistieron con un manto de púrpura. Se burlaron de él diciendo: “Salve Rey de los judíos” (v. 3). Ellos querían así ridiculizar las ideas de los judíos referente al Mesías, podemos ver igualmente manifestase el odio contra Cristo, incitado por el diablo.

En el Evangelio de Mateo se nos dice que soldados, primero le quitaron sus “vestidos” para después ponerle el vestido de la burla, “un manto de escarlata” (27:28). El enemigo trataba de deshonrar al Señor, pero el Señor “menospreció el oprobio” (Hebreos 12:2). Además, en la cruz, el Señor Jesús cubrió a Satanás de vergüenza, y ha “despojado de poder a las autoridades” (Colosenses 2:15).

Este pasaje nos muestra que la muerte del Señor ha invertido los esfuerzos de Satán “dando un espectáculo” frente al triunfo público de la cruz.

El rojo vivo, color de escarlata y de púrpura, son los colores de la realeza y de los ricos (Lucas 16:19; Apocalipsis 17:4; 18:16) – la púrpura era el color de los emperadores. Los soldados que cubrieron con el manto a Cristo, lo hicieron con una ignorancia total, también el significado que ello tenía.

El Señor Jesús no era solamente el rey de los judíos, es el “Rey de reyes” (Apocalipsis 19:16). Algunas de estas cosas las podemos ver en el tabernáculo. Los utensilios santos estaban cubiertos con un paño azul, pero el altar de bronce era una excepción: “un paño de púrpura” era extendido sobre el altar (Números 4:13).

El altar de bronce, es una imagen de sacrificio de Cristo; de modo que el significado de la púrpura extendida sobre él es evidente, ¡El que ha sufrido, es el Mismo que reinará!

Pilato era el gobernador romano, el representante de Cesar, pero no tenía ni la menor idea de que se encontraba en presencia del Rey de reyes. Él entregó a Jesús para ser crucificado como rey de los judíos. Los sumos sacerdotes protestaron al ver la inscripción puesta sobre el rótulo, pero Pilato dijo: “Lo que he escrito, he escrito” (Juan 19:22). Los hombres quisieron burlarse de Cristo vistiéndolo con un manto de color real, sin saber que solo Él es digno de llevar la púrpura real.

‘Y cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suerte sobre ella. a ver de quién será’.

Juan 19:23-24

Sus sufrimientos (2)

En el texto precedente, hemos visto que los hábitos del Señor testificaban de su pobreza. Usó la vestimenta que normalmente solía usar la clase trabajadora. Sus ropas eran normales y simples, a menudo de color apagado. Según las costumbres de la época, solo las gentes ricas llevaban vestiduras delicadas (Mateo 11:8; Lucas 16:19). Ese solo hecho debería tocar nuestros corazones y llenarnos de adoración, al considerar que el Señor de gloria ha caminado en este mundo llevando las humildes vestiduras de un Galileo.

En la cruz, al Señor le quitaron los vestidos los soldados romanos por segunda vez, la primera fue delante de Pilato (Mateo 27:28). Un grupo de cuatro soldados (un pelotón de ejecución, como sugiere el nombre en latín) se encontraba sin tenerlo en cuenta, a punto de cumplir las Escrituras. El vestido habitual de aquella época, como se ha dicho, debía ser dividido en cinco porciones: el turbante, la ropa exterior, el cinturón, las sandalias y la ropa interior.

Esos cuatro soldados repartieron los vestidos del Señor en cuatro partes, para cada uno de ellos la suya. Quedaba la quinta pieza, la larga vestimenta del cuerpo o túnica, que como nos es dicho, era “sin costura”. No queriéndola partir en cuatro

trozos, los soldados decidieron echar suerte. Esa acción era el cumplimiento de la profecía que encontramos en el Salmo 22: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suerte” (v. 18).

Evidentemente, los soldados nada sabían sobre las Escrituras judías, pero en su ignorancia, ellos cumplieron lo que estaba escrito por el Espíritu Santo desde hacía ya muchos años.

'Simón Pedro (...) entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario que había estado sobre la cabeza (no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte).'

Juan 20:6-7

Su resurrección

En el Evangelio de Juan, una llamada de atención nos es presentada por el Espíritu Santo sobre las vestimentas mortuorias del Señor.

De repente, varios detalles llaman nuestra atención. Los lienzos estaban puestos allí, sin ser aparentemente desplazados, simplemente como si el Señor, que los había usado, terminara de dejarlos. ¡La resurrección! Un poder extraordinario manifestado en favor del pecador, poder que sobrepasa de lejos todo aquello que tuvo lugar en la primera creación (Efesios 1:19-20; Romano 4:25); la resurrección, poder superior al del pecado, más grande que el de Satanás e indiscutiblemente, más grande que la muerte misma. Por lo tanto, no hubo ninguna señal de lucha, ni prueba de violencia; las ropas mortuorias están simplemente allí, donde fueron puestas, pero el Vencedor no se encuentra allí.

Un punto interesante de esta escena, es que el sudario que hubo cubierto la cabeza del Señor “no se encuentra junto a los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte”. Esto demuestra claramente que el Señor, inmediatamente después de su resurrección, abandonó la tumba sin precipitación dejando todo en orden. Si alguien hubiera robado el cuerpo, no se hubiera tomado el tiempo de doblar cuidadosamente el sudario.

Es igualmente sorprendente ver que el sudario estaba *aparte, en otro sitio*. En tanto que miembros del cuerpo de Cristo, formaremos parte de la primera resurrección y nuestros cuerpos serán transformados “semejantes al cuerpo de gloria de Cristo” (Filipenses 3:21). La Iglesia participará de los frutos de la resurrección y será la “plenitud” de Cristo (Efesios 1:19-23). No debemos olvidar y tener en cuenta esto: la Cabeza siempre tendrá un lugar distinto-jamás pongamos el cuerpo de Cristo al mismo nivel de su Cabeza gloriosa.

'Y me volví, y vi (...) a uno semejante al hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro'.

Apocalipsis 1:12-13

Su gloria y su dignidad sacerdotal

Juan, el bien amado apóstol exiliado en la Isla de Patmos, ha escrito que estuvo “en espíritu, en el día del Señor” (Apocalipsis 1:10). Escuchó una gran voz detrás de él, se volvió y vio al Hijo del Hombre. Nunca anteriormente hubo semejante visión del señor Jesús. Vio a Cristo estando en medio de siete candeleros de oro. Leemos más adelante que las siete lámparas representan siete iglesias (v. 20).

En esta visión el Señor Jesús no aparece ya como intercesor, sino más bien como sacerdote que juzga. El cinturón de oro (o banda ancha) indica la dignidad real: por tanto, con una supremacía oficial en cuanto a aquellos, que profesan conocerlo y rinden testimonio en la tierra. El cinturón que lleva sobre sus vestimenta no es en efecto, destinado a un servicio sacerdotal; sirve más bien para dar dignidad a su juicio sacerdotal. Esta verdad es confirmada cuando vemos que los ojos del Hijo del hombre son como una “flama de fuego” (v. 15).

Sus ojos podían discernir y juzgar todo lo que ocurría en las iglesias en el tiempos de Juan, como sucederá después en la historia de la Iglesia hasta su elevación a los cielos. Nada queda oculto de a su discernimiento de sacerdote.

El Apocalipsis es un libro de juicios. Cristo está a punto de tomar el libro sellado con siete sellos y desencadenar los juicios sobre la nación Israel. Al final del Apocalipsis tendrá lugar el juicio final de los malos que están muertos. Pero antes que

comience todo eso, el Señor juzga las iglesias de los capítulos 2 y 3. Es un principio en los caminos de Dios: él siempre comienza por su pueblo. “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 Pedro 4:17). “Comenzaréis por mi santuario” (Ezequiel 9:4; ver también Amós 3:2). Cuando nos reunimos el domingo para recordar a Cristo, día del Señor, no olvidemos la dignidad de Aquel que está en medio de los suyos, que nos sondea, conoce nuestros corazones y prueba nuestros riñones (Salmo 139:1; Jeremías 17:10).

Traducido de Le Seigneur est proche

E. Endrino

Oude Sporen 2018

